

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA

Miguel Ángel GARCÍA OLIVO*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Génesis de los partidos políticos*. III. *Tendencias sociohistóricas y sus procesos políticos*. IV. *Los partidos de la izquierda latinoamericana*. V. *Populismo*. VI. *Regímenes militares*. VII. *Desarrollo y democratización*. VIII. *Conclusiones*. IX. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

Brevemente, en este trabajo esbozaremos algunas de las pautas históricas que deben de incluirse en el análisis de los partidos políticos en América Latina. A diferencia de otros trabajos en donde se analiza a los partidos políticos desde la perspectiva de su orientación política o las entrañas de su conformación, esta investigación se ocupa de resaltar los contextos históricos en que se desenvuelven los partidos políticos a partir de que se constituyen los Estados latinoamericanos.

Si bien este artículo no se detiene preponderantemente en el análisis de las particularidades y experiencias de los partidos políticos en los Estados latinoamericanos, sí trata de abarcar generalidades en el estudio de aquellas instituciones a través de los modelos y directrices previas establecidas por los principales estudiosos de los partidos políticos en la región.

Si partimos de la importancia y función que desempeñan los partidos políticos en los regímenes latinoamericanos, en donde se establecen principios y relaciones de competencia y participación, podremos averiguar históricamente cuáles han sido los esquivos y desvíos por los que han tenido que atravesar los partidos políticos, así como los regímenes que han luchado por conservarlos, reforzarlos, y en otros casos desgastarlos.

* Investigador en el Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Los partidos políticos en la actualidad se encargan de realizar diversos roles, entre ellos los de fomentar el juego democrático; propiciar la participación de los ciudadanos; establecer un contrapeso a la autoridad; aspirar cíclicamente por conquistar los escaños, y encargarse de expresar y representar demandas e intereses que la ciudadanía eleva al escenario público. Así, de su capacidad de representación y movilización por la ejecución de diversos medios dependerá la fuerza y la posibilidad de su triunfo.

En América Latina, los partidos políticos, a diferencia de la experiencia europea, han tenido un desarrollo peculiar, en donde algunos signos norteamericanos y europeos han influido en la conformación de su molde. Después de los movimientos independentistas y durante la constitución de los Estados modernos latinoamericanos, los partidos o facciones se constituían por los notables e influyentes de la época, agrupados en dos sectores: conservadores y liberales, los cuales se alternaban las funciones de gobierno accionando de forma elitista. Durante los primeros años del siglo XIX, el tránsito para construir esta génesis implicaba la elección de hombres fuertes y dominantes que respetaran la celebración de pactos. Estos primeros visos de organización trajeron como consecuencia algunos gobiernos fallidos, además de disputas armadas entre ambos bandos; esto transcurrió durante algunos periodos, los cuales reflejaban estabilidad y violencia. Diversas organizaciones comenzaron a asomarse y mostrarse como alternativas para finalizar con estas disputas.

Con las grandes migraciones europeas hacia el sur de América y los primeros signos de la industrialización en la región empezaron a organizarse los sectores obreros; además, la sociedad se comenzaba a transformar y concentrar en núcleos urbanos. A la postre se presentaron los primeros signos que propiciaron la creación de los partidos de masas, en donde los sectores ligados a la producción encontraban un espacio de representación. Al mismo tiempo aparecían los partidos policlasistas, los cuales aglutinaron varios sectores, como el campesino, el obrero y las clases altas, medias y bajas, generándose un corporativismo en su interior. Estos partidos fueron mejor conocidos como “partidos populistas”, mismos que actuaban en razón de sus clientelas y como intermediarios de los intereses de clases.

Con posterioridad y las ventiscas de un mundo en guerra, la región adoptó regímenes militares, en donde los partidos fueron desplazados por gobiernos autoritarios, limitándolos en su acción; a su vez, algunos partidos de la región fueron infiltrados por el sector militar, consolidando partidos que penetraron directamente en la sociedad. Las decisiones de los países latinoamericanos durante este periodo quedaron concentradas en pequeñas minorías.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 139

Los países latinoamericanos desgastados por estos modelos militares y prácticas opresivas optaron por las directrices internacionales, acogiendo un modelo democrático de recomposición. Los partidos tuvieron nueva injerencia en la reorganización estatal; sin embargo, en poco podían decidir, lo que trajo consigo un desprestigio y poca credibilidad en ellos; por tal motivo, la sociedad se desencantó de sus propios partidos, quedando pasiva ante la formación de liderazgos que, gracias al apoyo de expertos en la imagen, son considerados seres supremos en quienes se confiaba la solución de los grandes problemas nacionales, sin que realmente se haya obtenido el éxito esperado. Con estos sucesos, las sociedades cada vez son más incrédulas en la política, y los partidos pierden su capacidad como intermediarios y representantes, al mismo tiempo que se acota su capacidad de negociación. Los grandes temas y problemas nacionales son degradados a objeto de usura de los partidos, impidiéndose así la construcción de concesos en los parlamentos y la modificación de las Constituciones y su andamiaje legal; a su vez, los arreglos son tras bambalinas, y las credenciales de representatividad partidaria son meras reliquias, en donde los grandes acuerdos son tomados en el ámbito internacional, en el que no tienen injerencia las estructuras partidarias. Con posterioridad aparecen los grandes escándalos de corrupción, decepcionando así a las grandes capas del electorado.

De esta manera, el presente trabajo trata de resaltar las distintas fases históricas por las que se desarrollaron los partidos políticos en la región latinoamericana, al tiempo que se proponen categorías históricas de análisis que permitan brindar una mejor comprensión sobre la democracia, los partidos políticos y el devenir latinoamericano.

II. GÉNESIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los Estados latinoamericanos, definidos en una primera fase por la compleja estructura novohispana y en una segunda fase por los procesos independentistas, fueron forjando lo que para el siglo XIX serían los nuevos Estados independientes de la Corona Española, anclados en la modernidad. Las clases sociales criollas, encargadas seriamente de llevar sus proyectos y ambiciones hasta el extremo de crear el pensamiento dominante y la institución del Estado, fueron quienes principalmente levantaron las banderas y dieron la identidad y gobierno a los territorios de Latinoamérica; además, en su afán constante de detentar el ejercicio del poder, estas clases tuvieron como base tendencias ideológicas que les permitieran conquistar sus luchas. En resúmenes cuentas y en la práctica, estas luchas fueron el crisol de los partidos

políticos en América Latina, y lo decimos en la práctica, porque definieron grupos sociales muy cerrados que pretendían dar la representación que la sociedad necesitaba, aunque en el plano inspirador no hay que dejar de tomar en cuenta la influencia norteamericana y europea.

De alguna forma, los partidos políticos eran una nueva herramienta para continuar con el proceso de escisión de la propiedad originaria de sus verdaderos dueños, conformando así núcleos de individuos aglomerados en torno a una ideología o causa común. Gracias a este trance en América Latina empezaron a aparecer los llamados “grupos liberales”, que tenían una visión bastante integradora del mundo, con el fin de construir instituciones libres para el beneficio colectivo; asimismo, promovían una constante educación en el ejercicio de libertades y los derechos universales del hombre, y se encargaban principalmente de incluir a diversos sectores sociales.

Derivado de la complejidad de actividades en las nuevas ciudades, surgieron nuevos roles que adquirirían una vital importancia para las sociedades que paulatinamente iban apareciendo; estos roles eran ahora ejercidos por una clase de comerciantes, abogados, médicos, orfebres, y aquellos prestadores de servicios e intermediarios que conformaron en su totalidad el grupo de los liberales, recién aparecidos y con conciencia de organización, eran principalmente los encargados de luchar en contra de los esquemas heredados por el régimen real, los cuales eran defendidos por el denominado grupo de conservadores, que profesaban la ideología católica y se encontraban en contra de los avances modernizadores y de las transformaciones sociales. Los conservadores eran los defensores de mantener una sociedad ordenada y minuciosamente jerarquizada, por lo que cualquier rompimiento a este esquema sería una catástrofe para la civilización. La alta oligarquía conservadora se encontraba, fundamentalmente, conformada por los terratenientes, los militares y el clero; por su parte, el control de las actividades y el ejercicio del poder se realizaba por medio de la elite rural.

La lucha entre conservadores y liberales por el control de la sociedad fue legendaria; en algunos Estados fue motivo de derramamiento de sangre, y en otros, el obstáculo para la aceleración de la transformación.

Paulatinamente, los liberales de pasar a ser aspirantes a la dominación y de impulsar sus demandas anticlericales accedieron a mantener el control, y con ello poco a poco se comenzaron a realizar las políticas expansionistas y de transformación. A través de una incipiente organización, las fuerzas sociales podían accionar, influyendo por medio de un mecanismo de representación, que en este caso eran los recién organizados grupos de liberales y conservadores.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 141

Uno de los ejemplos donde la lucha entre liberales y conservadores estuvo definida por una serie de circunstancias que propiciaron estos reacios enfrentamientos fue el caso chileno, donde se logró un alto desarrollo urbano, que se vio reflejado en diversos aspectos, como en la educación, un fortalecimiento económico, así como en la creación y consolidación de sus instituciones en pleno y temprano siglo XIX. El fenómeno rural mudado al urbano propició una temprana tensión entre liberales y conservadores. Los “pelucones” (conservadores) eran comprometidos fanáticos católicos y enraizados a su tierra, mientras que los liberales fueron impulsores del desarrollismo, con una convicción de mantener vigentes las libertades públicas. Estos elementos propiciaron una breve guerra civil, que culminó con la madurez de la sociedad y la formación de partidos políticos sobre la base de una participación más amplia de sectores populares, en especial la creación del Partido Radical.¹ Chile es el ejemplo más temprano en la conformación de partidos políticos y la instauración de un sistema de partidos, en donde la democracia saltaba a la arena de la sociedad para convertirse en una forma de vida; sin embargo, si tomamos el ejemplo de Chile como punta de lanza, no podemos meter bajo una camisa de fuerza para el análisis la experiencia de los demás países de América Latina, los cuales sufrieron una suerte distinta, pero que sin duda convivieron y sucumbieron ante las pugnas, los dogmatismos y las corrientes del conservadurismo y el liberalismo, que propiciaron capítulos de inestabilidades políticas, bajas humanas, ingobernabilidad y la paulatina consolidación de la independencia.

Para explicar a grandes rasgos el origen de los partidos políticos en América Latina se puede señalar que los ritmos y cambios históricos suponen circunstancias que llevan a los cambios regionales, al menos así sucedió en el Cono Sur con Uruguay, Colombia y Chile. En este sentido, podemos inclinarnos a la opinión de Ostrogorski,² quien señaló: “el arribo de la democracia en América Latina rompió en pedazos la vieja estructura de la sociedad política, en la ausencia de un terreno democrático en América la situó en un mosaico de convergencia de disimiles ideologías partidarias”.

El someternos a seguir una línea histórica de análisis sobre el origen de los partidos políticos en América Latina, tomando como referencia la sola actuación de los bloques liberales y conservadores como germen de los partidos, puede llevarnos a grandes vacíos que no permitirán observar otro

¹ Di Tella, Torcuato S., *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

² Alcántara Sáez, Manuel, *El origen de los partidos políticos en América Latina*, Barcelona, Universidad de Salamanca, 2001.

tipo de expresiones en la región y que también fueron el crisol de los partidos. Estas expresiones devienen de la fuerte influencia que generaron los cacicazgos, los grupos militares, las logias, los grupos católicos, los grupos de inmigrantes, los grupos empresariales y una creciente clase obrera-trabajadora con sus sindicatos. Estas organizaciones influyeron en el sistema de los países latinoamericanos a tal punto de conformar diferentes gobiernos y representaciones, como el nacional reformismo, el populismo, un incipiente desarrollismo, gobiernos militares y gobiernos conservadores, los cuales tomarían la forma de partidos políticos.

El proponer categorías de análisis que permitan señalar una taxonomía fundacional de los partidos políticos, a través de criterios como el de su organización, institucionalización y conformación ideológica, en un mosaico tan complejo como lo es América Latina resultaría acotado, pues gran parte de los países siguieron ejemplos y circunstancias distintas.

Desde su fundación, los partidos políticos latinoamericanos optaron por mantener una organización que permitiera conservar el control de las riendas políticas y sociales que continuaran apoyando el proceso de escisión entre la población y la riqueza que generaban las nuevas naciones, de modo que posibilitara una equitativa y equilibrada distribución de los bienes mínimos que faciliten la subsistencia y desarrollo de la población.

De esta diversificación basta como ejemplo mencionar la brecha por la que optó México con el dominio hegemónico (PNR); Uruguay se ladeó por un juego de contrapesos (Blancos y Colorados); Argentina y una pretendida hegemonía inconclusa (UCR); Brasil se inclinó por un artificial bipartidismo. Difícilmente, en América Latina, después de un control colonial, el intentar establecer nuevas bases que fueran sólidas e instaurar reglas claras para mantener efectivos gobiernos sería una cuesta muy alta. La ruptura en América Latina implicó para los distintos sujetos sociales, políticos y económicos la resolución de varias cuestiones, siendo la primera y la más urgente la del poder; esto es, dar cabal respuesta a las siguientes preguntas: ¿quién manda? ¿Sobre quién manda? ¿Cómo manda? ¿Para qué manda? En América Latina acceder al poder necesitó de la definición de los principios de legitimidad; de la ruptura (la revolución de independencia) y de soberanía y su titularidad (Dios, el rey, los pueblos, la nación); el de representación, y el de organización política. Si bien la concepción de la primicia de la voluntad general tiene entusiastas partidarios, su efectiva aceptación y aplicación chocan no necesariamente queridos por las dirigencias, y sientan firmes bases para el ejercicio oligárquico de la dominación social y política, tal como

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 143

se advertirá más tarde, al concretarse los proyectos nacionales de formación estatal.³

A través de estas hipótesis podemos establecer que los partidos políticos en América Latina vieron la luz de su nacimiento bajo un contexto social determinado por su herencia novohispana, por el hambre de reconocimiento y ejercicio del poder, así como por la riqueza de los territorios y diversidad cultural que urgía de una representación que les figurara identidad.

III. TENDENCIAS SOCIOHISTÓRICAS Y SUS PROCESOS POLÍTICOS

Someter a un análisis a los partidos políticos en América Latina desde el punto de vista histórico requiere necesariamente de la ayuda de otras disciplinas; por esta razón, tenemos que agudizar la observación y poner especial atención a los procesos políticos que dieron forma a la complejidad política, social e institucional latinoamericana.

No hay que dejar de perder de vista que una de las advertencias que la sociología se ha encargado de reproducir en esta región es la observación de los procesos políticos en América Latina, los cuales dependen de la pirámide social en que se encuentran organizados, en los que influyen la concentración y fragmentación del poder, mismo que se encarga de establecer el orden y control social. Éstas son pautas institucionales que rigen la interacción entre los actores, algo así como palancas de mando que el gobierno puede colocar en determinada posición; son económicos, sociales y políticos en el sentido específico de la palabra (seguridad social, educación y política habitacional).⁴

Los relativos al ejercicio de la autoridad son los siguientes:

- a) Concentración geográfica del poder, la cual va del centralismo al federalismo.
- b) Concentración funcional del poder, que va desde una consolidación de atribuciones en el Ejecutivo (ejecutivismo) hasta formas de distribución del poder, las cuales dan una mayor vigencia al parlamento o

³ Ansaldi, Waldo, “La democracia en América Latina, un barco a la deriva, tocado en la línea de flotación y con piratas a estribor. Una explicación de larga duración”, en Ansaldi, Waldo, *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 58.

⁴ Di Tella, Torcuato, “Los procesos políticos en América Latina”, *Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile*, año XVIII, núm. 71, julio-septiembre de 1985, pp. 355 y 356.

a los grupos de presión. La concentración funcional del poder en el Ejecutivo no tiene por qué realizarse en forma dictatorial o arbitraria, y es compatible con dosis alta de libertad; sin embargo, en formas dictatoriales casi siempre se da el ejecutivismo.

- c) Represión gubernamental, o sea, uso de poderes dictatoriales y recorte de las libertades básicas de organización, de prensa y de elección de autoridades.

Los controles sociales relativos a la participación popular en las decisiones son:

- a) Nivel de participación, que va desde restringido o elitista a amplio o total.
b) Modo de participación, el cual es movilizacionista o asociacionista.

Un nivel alto de participación, sobre todo si va acompañado de elecciones competitivas, en general implica un régimen democrático. No obstante, para eso es necesario que los controles relacionados a la concentración del poder, especialmente el de la represión, tengan valores aceptables. De lo contrario, lo que existe es un régimen con participación amplia o aun total, pero regimentado, sin libertades, con el voto convertido en un ritual, incluso habiendo una oposición, mas sin verdadera capacidad de competir con la monopolización del poder en círculos allegados al gobierno. En este sentido, el Estado puede ser un actor autónomo; sin embargo, en general, él no tendrá mucho peso propio aun bajo regímenes dictatoriales, y lo mismo debe decirse de las fuerzas armadas, que son una de las expresiones principales del Estado. El poder que se ejerce desde el Estado dependerá en gran medida del peso político y no meramente del número de votos.⁵

Por otra parte, no hay que dejar de considerar que los individuos buscan permanentemente organizarse para hacer que su voz sea escuchada desde diversas plataformas; así, de esta manera forman actores sociales y que elevados a un nivel de complejidad conforman clases sociales, y gracias a esta organización del individuo encontramos una diversidad de grupos que en la medida en que adquieren fuerza y dominio en ejercicio de su especialidad comienzan a mostrar un poder político que les permite acceder al juego político, siendo incluso un constante detentador del poder. Ante esta situación, la fundación o adhesión a un partido político por parte de estos actores sociales viene a ser la válvula de escape para el clamor de sus

⁵ *Idem.*

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 145

demandas, las cuales pueden tener la posibilidad de materializarse una vez alcanzado el objetivo: el poder. Por ello, es necesario que dentro del análisis de los partidos políticos, estos actores sociales (que pueden ser un sector agrario, obrero, empresarial, ideológico, ambientalista, etcétera) sean también evaluados y determinar el grado de su participación, la fuerza política que llegan a imprimir en las decisiones colectivas, así como las necesidades y dinámicas que llegan a absorber según el movimiento que el capital y las fuerzas económicas van exigiendo en todos sus contextos.

En este aspecto hay que realizar una pausa y establecer una advertencia en la que un partido político no es una institución que venga a sustituir a estos actores sociales, sino que simplemente da cobijo y apoyo, y es la dirigencia del partido la que debe tener la capacidad de incluirlos para cooptar un voto duro a favor de su proyecto o, en su defecto, expulsarlos si la convivencia con el actor social es insostenible, y cuando llega a ocurrir esto, un factor queda latente en expresarse: la violencia.

La violencia puede ser generada por el grado de insatisfacción de los actores políticos, y en la medida de su comportamiento o el grado de su frustración quedará constantemente al capricho de accionar su violencia. Para contrarrestar este grado de expresión violenta es necesario verificar el alto grado de consenso y la legitimidad que pueden llegar a aglutinar los partidos políticos y los gobernantes que postulan. El nivel de legitimidad alcanzado podrá establecer el grado y cumplimiento de representación y demandas sociales, además de mantener un efectivo control sobre los actores políticos.

En Latinoamérica, los procesos políticos han llegado a alcanzar tal nivel de complejidad que no sólo han quedado limitados a las dinámicas de los actores sociales, sino que también se han visto complementados por los fenómenos económicos que han ocurrido especialmente en la región, siendo la demanda productiva de bienes primarios latinoamericanos la expresión material de estos presupuestos históricos, caracterizados por una incipiente industrialización y una forzosa y penosa dependencia hacia los países desarrollados, trayendo severas consecuencias que hasta la fecha reflejan el marasmo latinoamericano. Bajo esta nueva ruta hay que diferenciar claramente que en un movimiento político, y en especial en un partido político, existe una organización y una ideología que pregonar, las cuales pueden llegar a ser el resultado de un trasfondo histórico o una necesidad de corto plazo. Respecto de la organización, son particularmente centrales dos puntos: *a)* el grado en que hay prevalencia de la organización autónoma o de la movilización, y *b)* las clases o sectores de clases incorporadas, especialmente si es que se incluyen partes importantes de las clases medias y élites de ori-

gen más alto, empresarial o militar.⁶ Este conjunto de elementos, que son combinados en el espacio y tiempo latinoamericano, han dado como resultado las expresiones históricas que hoy conocemos, como el anarquismo, el socialismo, los gobiernos militares, los gobiernos populistas, el nacionalismo revolucionario, el aprismo, el desarrollismo, la democratización tardía y la socialdemocracia latinoamericana.

El origen de los partidos políticos ha tenido un carácter antisistémico, y en el momento de su nacimiento han sido producto de su periodo histórico; en este sentido, una importante parte de los que hoy son relevantes tienen su origen más allá de 1975, y se vieron inmersos en los momentos de quiebra del sistema. Los partidos de entonces que hoy continúan vigentes tuvieron en mayor medida expresiones originarias revolucionarias, pues su aparición se hizo en un ambiente hostil. Sin embargo, los partidos con carácter reactivo surgen a partir de dicha fecha, mostrando una clara relación con los acontecimientos del proceso democratizador ocurrido en los diferentes países, los cuales enfatizaban la consolidación en el escenario político de grupos proscritos hacia la promoción de valores que habían suscitado la repulsa histórica de los sectores que ahora los ponían en marcha. Todo ello no debe ocultar que la mayoría de los partidos hoy relevantes tuvieron un origen de lealtad enmarcado en las coordenadas del sistema político entonces vigente. Los partidos han ido evolucionando de forma muy diferente, de manera que conforme transcurre el tiempo, el peso de su origen se va diluyendo y su impacto en su realidad contemporánea tiene menor sentido. Las adaptaciones a los cambios registrados en el entorno en el que se encuentran y las dinámicas propias derivadas de las transformaciones en su liderazgo, así como las distintas opciones tomadas con relación a sus estrategias políticas, sus ofertas electorales y sus reacomodos organizativos, tienen efectos de lo que fue su origen.⁷

IV. LOS PARTIDOS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Los orígenes del anarquismo y socialismo en América Latina tienen su punto de arranque en la profusión ideológica de los siglos XVIII y XIX, marcadas por los utopistas que influyeron en varias generaciones, como fueron Engels, Marx, Fourier, Saint-Simon, Bakunin, Owen y Moro; todos ellos tenían algo

⁶ *Ibidem*, p. 367.

⁷ Alcántara, Sáez Manuel, *Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros*, Barcelona, Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona, 2004, p. 20.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 147

en común: fueron la voz de su tiempo y pretendían establecer un equilibrio entre los burgueses industriales y la clase trabajadora; asimismo, emergieron en el contexto de la explosión de la Revolución Industrial y el nacimiento de la sociedad urbana, en donde se combatían las jerarquías sociales, como la nobleza y las instituciones eclesiásticas.

En América quien pudo sembrar la semilla del utopismo en forma práctica fue Robert Owen, el cual era un dirigente nato. Owen fue un industrial inglés que a principios del siglo XIX implementó en su fábrica mejoras para 2,000 operarios: reducción de la jornada de trabajo, seguro de desempleo y construcción de escuelas y viviendas. Al darse cuenta que su actitud era paternalista, Owen decidió fundar “colonias comunistas”, en las que se trabajaba colectivamente la tierra y las industrias. Él no sólo creó este tipo de microsociedad alternativa en Inglaterra, sino que también la propagó en 1825 a Estados Unidos, donde fundó la comuna llamada “Nueva Armonía”. Este industrial inglés fue despojado de sus bienes en Inglaterra y Estados Unidos, decidiéndose entonces a la acción sindical, al advertir que su camino para llegar a la sociedad futura era equivocado. En 1828, Robert Owen pidió permiso al gobierno para instalar una comuna colectiva en Texas. Poco después de la anexión de este territorio por Estados Unidos se instaló allí la comunidad Icaria, inspirada por Cabet. En la misma Texas, Victor Considerant fundó en 1854 el falansterio “La Reunión”, que alcanzó a durar cuatro años. Luego, Considerant viajó por América Latina difundiendo su ideario hasta 1869. En 1850, “un tal José María Chávez ensayó en el estado de Aguascalientes un falansterio fourierista”. En 1857, el utopista mexicano Juan Nepomuceno Adorno publicó *Los males de México y sus remedios practicables*. Cinco años más tarde, Nepomuceno dio a luz dos obras utópicas: *La armonía del universo y la ciencia de la teodicea* y *Catecismo de la providencialidad humana*. Aunque no era socialista utópico, el liberal brasileño Abreu e Lima divulgó esos principios, publicando en 1852 *O’Socialismo*, una especie de compendio del pensamiento utópico, el cual sirvió a los auténticos socialistas.⁸

Rhodakanaty trató de adaptar el socialismo utópico a las especificidades de América Latina, considerando su religión y su enorme base campesina e indígena. Desde su llegada a México en 1861, Rhodakanaty se preocupó por la edición de la *Cartilla socialista, o sea, catecismo elemental de la Escuela Socialista de Carlos Fourier*, folleto donde las preguntas y las respuestas siguen el modelo del catecismo católico. Rhodakanaty expresa allí que el

⁸ Vitale, Luis, *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Santiago, Instituto de Investigaciones de Movimientos Sociales “Pedro Vuskovic”, 1998, p. 3.

socialismo existe desde hace dieciocho siglos “por la voz elocuente y sublime de doce pescadores inspirados que predicaban la doctrina de Jesús”. Rhodakanaty hizo un notable esfuerzo por escribir su catecismo en un lenguaje sencillo, con ejemplos adaptados a la realidad mexicana. También él creó un falansterio, donde se educaron jóvenes obreros y artesanos, como Francisco Zalacosta, Juan de Mata Rivera, Santiago Villanueva y otros, que se constituirán en dirigentes del movimiento obrero mexicano.⁹

En Brasil se dio en 1890 una interesante expresión de la búsqueda de relaciones igualitarias en la colonia “Cecilia”, fundada en el estado de Paraná por el anarquista italiano Giovanni Rossi. En Chile, Ramón Picarte llegó a plantear a mediados del siglo XIX la creación de un falansterio en Chillán, inspirado en la experiencia de Fourier.

En Cuba, el anarquismo contribuyó en 1885 a la creación del Círculo de Trabajadores de La Habana, orientado por el ácrata Messonier, que promovió durante dos años un congreso. El principal teórico del anarquismo cubano fue Enrique Roig San Martín. Este anarquista fue un gran luchador en defensa de la clase trabajadora, pero no comprendió la necesidad de relacionar la lucha obrera con la independencia política, aunque en sus últimos años fue partidario de la ruptura del nexo colonial. San Martín dirigió uno de los primeros periódicos obreros, *El Productor*, de 1887 a 1889. Una de las cosas curiosas de este anarquista fue su posición favorable a la fundación de un partido: “Sólo la creación de un poderoso partido obrero, como lo hemos aconsejado repetidas veces, será bastante fuerte para tener a raya la ambición de nuestros eternos explotadores”. Los anarquistas se pronunciaron por primera vez a favor de la lucha anticolonialista en enero de 1892 en el Congreso Regional Obrero, hecho que condujo al gobernador español a clausurar el Congreso Sindical. Los anarquistas cuestionaron la estrategia del poder político y estatal, porque estaban en contra del poder y del Estado. Ellos postulaban la sociedad sin clases y sin Estado; a su vez, estaban en contra de todo autoritarismo y combatían frontalmente a la Iglesia. Los partidarios de Marx estaban de acuerdo con muchos de estos postulados estratégicos, apreciación que los llevó a hacer ciertas concesiones a los anarquistas, con el fin de conservar la unidad de la Internacional. La división entre marxistas y anarquistas, que culminó en la disolución de la I-Internacional en la década de 1870, influyó de manera decisiva no sólo en el movimiento obrero europeo, sino también en las primeras organizaciones sindicales que se formaron en América Latina. Por eso, sin

⁹ *Idem.*

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 149

la comprensión de este proceso del proletariado europeo no es posible entender el desarrollo de las primeras organizaciones del movimiento obrero latinoamericano.¹⁰

Durante el siglo XIX e inicios del XX se presentaron grandes emigraciones de obreros europeos a América Latina, poblando especialmente el Cono Sur; estos movimientos propiciaron la organización de los obreros en torno al exportado anarquismo, que creó sus propias formas de adaptación sin perder los objetivos y propósitos, como el mermar la organización colonialista-capitalista a través de numerosos paros y huelgas en los sectores productivos de los países latinoamericanos. Hasta ese momento la burguesía latinoamericana aún no se encontraba preparada para enfrentar a estas organizaciones de trabajadores, por lo que tuvieron que ceder y controlar, dando reconocimiento oficial mediante su elevación a rango constitucional de federaciones, organizaciones obreras y sindicatos, los cuales conquistaron derechos sociales y de clase que no habían sido alcanzados en Europa. El anarquismo se convirtió así en América Latina en la válvula de escape y representación de la joven clase trabajadora.

En las primeras tres décadas del siglo XX, el anarquismo permitió representar a la clase trabajadora y, al mismo tiempo, propició la generación de los primeros movimientos populistas, los cuales buscaban reformas con un pretendido beneficio social, abarcando sectores que antes no habían sido incluidos en la lucha, como son los trabajadores de las grandes industrias y los dedicados a la explotación de las minas.

La aportación de los anarquistas a la conformación de los partidos políticos en América Latina fue su legado mediante las primeras formas de organización clasistas, promoviendo una ideología en contra del capitalismo exacerbado y el desconocimiento del Estado latinoamericano como único agente de gobernabilidad. El movimiento anarquista en América Latina quedó limitado al no dar el siguiente paso en la constitución de un partido político sólido que jugara dentro del sistema, dándole una dinámica distinta a los regímenes latinoamericanos.

El anarquismo en América Latina se definió, antes que otros movimientos sociales y políticos, por los derechos igualitarios de la mujer; en este sentido, no sólo fueron los más consecuentes luchadores por los derechos igualitarios de la mujer en el trabajo, sino que también se atrevieron a plantear con franqueza el amor libre, cuestionando la servidumbre patriarcal del matrimonio y difundiendo la relación igualitaria entre los sexos en todos los aspectos de la vida cotidiana. Otro mérito del anarquismo fue haber estimu-

¹⁰ *Ibidem*, pp. 5 y 6.

lado en América Latina una campaña antimilitarista; asimismo, fueron los primeros en oponerse al servicio militar obligatorio.¹¹

La influencia del anarquismo en México se observa en el ideario de la Revolución mexicana, en donde a través de los hermanos Flores Magón se encendió la llama de este movimiento, siendo piezas fundamentales de los dictados y principios revolucionarios, dejándose en claro la reivindicación campesina, la lucha contra la corrupción y las enquistadas cúpulas burocráticas. En Brasil, el anarquismo se encargó de dirigir las principales luchas obreras, en especial la gran huelga de 1917 en Río de Janeiro y Sao Paulo, aunque posteriormente aparecieron las cuñas que debilitarían al movimiento, como el populismo tenentista y el varguismo. Tal vez la experiencia más exitosa del anarquismo la podemos encontrar en Argentina, en donde por medio de la fundación de la Federación Obrera Regional Argentina se alcanzó a aglutinar a más de 200,000 afiliados, constituyéndose así en la más poderosa de la región. El anarquismo argentino tuvo la capacidad de poner en jaque al gobierno de Yrigoyen y concentrar, a su vez, bajo un mismo eje organizativo a los sectores obreros, campesinos y la recién aparecida clase social urbana.

Debido a la variabilidad de la ideología anárquica y la postura de sus líderes, ésta no pudo consolidarse, aunque no hay que dejar de agregar las dificultades que le promovían el capitalismo pujante latinoamericano y los gobiernos impositivos. El impedimento de mantener una cohesión organizativa propició la escisión de movimiento y la reformulación de la lucha mediante la fundación de partidos políticos de carácter socialista y comunista en toda la región latinoamericana; así, tenemos que en Argentina en 1904 el Partido Socialista de Obreros obtuvo su primer escaño en la Cámara de Diputados, lo que le permitió posteriormente alcanzar una mayor representación con el tiempo; en 1930, el Partido logró el apoyo de la mayoría de los sindicatos, creando con ello la Confederación General de Trabajadores. Con el arribo de Perón en el gobierno, el Partido Socialista se vio debilitado y sufrió fuertes divisiones, por lo que se dio paso a la fundación del Partido Socialista Demócrata y del Partido Socialista Argentino, ambos con visiones distintas de la forma de hacer política.

En cuanto al caso chileno, después de la caída de Ibáñez diversos líderes que representaban el grueso de la clase media formaron sus propios partidos políticos socialistas, apareciendo el Partido Socialista Unificado, la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Republicano, el Partido Socialista Internacional, el Partido Laborista, el Partido Social

¹¹ *Ibidem*, p. 9.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 151

Demócrata, el Partido Socialista Popular y la Nueva Acción Política. El deterioro de las condiciones económicas del país, que principalmente afectó a los ingresos bajos, preparó la escena para la unificación de la izquierda bajo el Frente de Acción Popular, que aglutinó al Partido Socialista Popular, al Partido Socialista, al Partido del Trabajo, al Partido Democrático del Pueblo y al Partido Comunista. En un congreso celebrado en julio de 1957, el PSP y el PS volvieron a unir fuerzas con el fin de presentar un candidato común en los comicios presidenciales. El FRAP constituyó la unión de la izquierda sin la presencia de una organización con distinta afiliación, como fue el caso del fallido Frente Popular bajo la dirección del Partido Radical. A diferencia del Partido Comunista, la presencia electoral del PS es visible en todo el país, sin distinción apreciable, en cuanto a su importancia, en las provincias mineras, industriales o agrarias. Su clientela es bastante heterogénea en términos de clase, ya que agrupa a obreros, campesinos, sectores medios de la burocracia y a un pequeño grupo de intelectuales.¹²

La suerte del Partido Comunista Chileno fue distinta, pues éste tuvo que desarrollarse en la clandestinidad durante el gobierno de Ibáñez. En 1946, este partido fue el factor decisivo en la elección de Gabriel González Videla, quien le asignó al PCCH tres carteras ministeriales. Bajo el pretexto de una creciente protesta obrera por mejores salarios, huelgas y brotes de violencia, el presidente desconoció a sus patrocinadores y declaró ilegal la actividad del Partido. Ellos siguieron participando en las contiendas electorales bajo el nombre del Partido Comunista del Proletariado, el cual sostuvo que Chile estaba gobernado por una oligarquía aliada al imperialismo.¹³

Las izquierdas uruguayas atravesaron por una distinta situación; así, tanto el Partido Socialista Uruguayo como el Partido Comunista sufrieron sus propias escisiones, generando sus propias revueltas al interior y provocando victorias relevantes en los comicios donde participaban. A la llegada de Pacheco Areco al poder, las izquierdas tomaron un papel importante en el contrapeso de sus políticas; en efecto, la crisis económica obligó a Areco a tomar medidas poco populares que agredían a las izquierdas, pues buscaba la constitución de poderes de emergencia para gobernar, por lo cual clausuró varios diarios nacionales e inició la persecución de varios dirigentes de sindicatos; por ello, en 1970 surgió el Frente Amplio con el fin de participar en las elecciones. La coalición de comunistas, demócratas cristianos y socialistas canalizaba el descontento general. Por su parte, Pacheco insistía

¹² Montaña, Jorge, *Partidos y política en América Latina*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1975, pp. 46 y 47.

¹³ *Idem.*

en postular su reelección promoviendo iniciativas de ley que le permitieran lograrlo; todas estas acciones dieron motivo a los acontecimientos de 1973, los cuales constituyeron la expresión de la decadencia de las estructuras políticas del país. El movimiento Tupamaro llevó violencia a los principales centros urbanos, siendo el resultado de la desesperación de sectores importantes de la clase media y obrera. Estos factores fueron el caldo de cultivo para que en el proceso histórico los gobiernos militares asumieran el poder, coartando libertades, con la apariencia de asegurar tranquilidad, al tiempo que imposibilitaban la incursión de fuerzas progresistas, incluidas todas las versiones de izquierda.¹⁴

En Brasil, la presencia de la izquierda se realizó a través del Partido Comunista Brasileño, surgido por medio del movimiento anarco-sindicalista; sus primeras acciones se hicieron bajo la clandestinidad, legalizándose hasta 1927, la cual no duró mucho, pues volvió al sótano y a la persecución con la dictadura de Vargas. El Partido Comunista Brasileño se compuso principalmente por un pequeño grupo de intelectuales y algunos obreros, y poco a poco logró captar a algunos sindicatos; sin embargo, gracias a las acciones de Vargas era difícil que se le identificara al Partido Comunista con la clase trabajadora, ya que obstaculizaba toda acción por completo, mandando a la izquierda a una sinuosa inestabilidad permanente.¹⁵

Si bien la izquierda en Latinoamérica tuvo sus orígenes en México gracias a la participación de las primeras células americanas del anarquismo y la inspiración de la Revolución mexicana, aquélla no pudo consolidarse en México, sino hasta la última década del siglo XX e inicios del XXI. Si se advierte que la incursión de la izquierda en México ha sido precaria, esto se ha debido gracias a la constitución de un partido hegemónico heredero directo de las luchas revolucionarias, el cual tuvo la capacidad de aglutinar a todas las fuerzas políticas, clases y sectores sociales que tuvieron cabida y participación en las funciones gubernamentales. La participación de la izquierda y los alcances de la Revolución llevaron al general Cárdenas a dirigir un gobierno de corte socialista, realizando reformas a la Constitución, con objeto de dejar claro las directrices socialistas en la toma de decisiones. En este sentido, la educación por mandato constitucional fue de corte socialista durante su gobierno; se expropió el petróleo para el uso y disfrute de los mexicanos, entre otras acciones, lo cual motivó que algunas células se aglutinaran en torno a la conformación del Partido Comunista Mexicano, que tuvo actividades por algunos momentos en la clandestinidad. La

¹⁴ *Ibidem*, pp. 60 y 61.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 69 y 70.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 153

anuencia que el sistema concedió a la izquierda para que participara fue a través de uno de los líderes sindicales, nos referimos a Vicente Lombardo Toledano, quien se encargó de constituir el Partido Popular Socialista, el cual sería la voz de la disidencia socialista y representante de las izquierdas. El PPS incursionó en varias elecciones sin tener mayor relevancia que la de legitimar al propio partido hegemónico, en las que, incluso, realizó alianzas en elecciones presidenciales. Es hasta las elecciones de 1988 que tras un desgastado partido hegemónico y fuertes crisis económicas en el país, las distintas oposiciones se constituyen en el Frente Democrático Nacional para competir en las elecciones de ese año. El Frente estaba compuesto por fuerzas de centro-izquierda y de izquierda, participando conjuntamente con la corriente disidente del PRI, encabezada por el hijo del general Cárdenas y el polémico político Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez.

El Frente Democrático Nacional fue el cimiento de la constitución del Partido de la Revolución Democrática y de algunas minorías de izquierda, como el Partido del Trabajo y el Partido Convergencia. A partir de las elecciones de 1994, en adelante las izquierdas han participado en coalición, teniendo amplios márgenes de votación sin hasta el momento alcanzar la victoria en las elecciones presidenciales, pero sí conquistando algunas gubernaturas, entre ellas la capital del país, además de una amplia representación en el Congreso de la Unión.

V. POPULISMO

La connotación de populismo ha ocupado un interés especial en el análisis de la historia de Latinoamérica durante el siglo XX; diversas son las expresiones que le dan vida a tal connotación, y su definición estriba en los elementos que convergen en espacio y tiempo, además de las categorías de análisis empleadas para su descripción. La importancia de estudiar el populismo en este trabajo consiste en mostrar cómo se conformó el fenómeno del populismo y cómo influyó en la configuración de gobiernos latinoamericanos impulsados por diversas corrientes ideológicas representadas a través de partidos políticos, frentes y coaliciones dispuestas a estampar la historia latinoamericana.

Podemos señalar que el concepto de “populismo” ha sido empleado como un término que designa y caracteriza una forma de gobierno, estilo de vida, ideología y forma de organización que se constituyó para hacer frente a la economía imperialista; su fuerza real radica en el pueblo, y la dirección mediante líderes mesiánicos que paternalizan la forma de gobernar hacia su pueblo. El populismo converge con elementos devenidos de perio-

dos de crisis que pretenden una modernización y un desarrollo que impacte en diversas clases sociales, buscando su propia igualdad.

Una de las características del término “populismo” es que ha sido objeto de críticas negativas y positivas dentro de las corrientes de análisis de las ciencias sociales. El populismo es acusado de ser un paliativo demagógico que concentra el poder para beneficiar a las minorías que lo detentan, y que como medio emplea las bases del pueblo para legitimarse y mantener el control. Cabe decir que en este exceso de crítica se desvía el análisis del populismo con una confusión del término “demagógico”; este último sólo es una herramienta discursiva que se puede encontrar en diversas expresiones políticas, entre ellas la del propio discurso democrático desarrollista.

Para revisar el populismo en América Latina es necesario anteponer algunos breves antecedentes que coincidan en la identificación de los elementos que le dan significado a este término, y en este rubro es indispensable tener en cuenta que en las condiciones de América Latina, así como en la mayoría de los lugares del tercer mundo, el poder de las clases populares fue mayor que en la experiencia europea del siglo XIX, debido a su movilización mayor y más repentina y a la situación internacional. Esto debería empujar a los estratos medios y medios superiores al conservadurismo por sentirse más amenazados. Pero en sentido contrario, a veces ciertos sectores de las clases medias o de la burguesía se ven impelidos a adoptar actitudes *antistatu quo*, debido a sus frustraciones económicas o a los controles impuestos por el imperialismo. Todo esto da origen a tendencias contradictorias en el seno de la burguesía y de las clases medias, y les hace difícil dirigir los movimientos políticos de cambio. Durante el proceso, algunos sectores de estas clases pueden hallarse en una situación de crisis más intensa, lo que genera en ellos sentimientos revolucionarios, pero ahora, en contraste con la situación imperante en el siglo XIX, serán minorías de sus clases, centradas a menudo alrededor de subsectores de los grupos militares, de los industriales o profesionales e intelectuales, tendiendo a algún tipo de fórmula política populista. Como de todos modos están inseguros y en una situación precaria, a menudo amenazados por otros sectores de las clases altas o por el imperialismo, estos grupos bien pueden tomar el riesgo de agitar a las masas, con la esperanza de canalizarlas dentro de límites seguros. Aquí son posibles una serie de combinaciones, pero tenderán a usar el modo de participación movilizacionista, apelando a la conducción carismática o, en su caso, al ideologismo, es decir, al uso activo de una ideología como religión política. También estos grupos estarán a favor de medidas de bienestar social para las clases populares urbanas o los agricultores y campesinos. Un movimiento populista tendrá entonces tres vínculos principales de organización:

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 155

a) una elite política, aunque no siempre con incongruencia de estatus, y de estatus medio o superior; b) un liderazgo de tipo carismático o ideológico, y c) un apoyo de masas altamente movilizadas pero no muy organizadas, con pocos elementos de liderazgo extraídos de sus propias filas o financiados con sus propios recursos (por ejemplo, tenemos las situaciones dadas con el varguismo, el peronismo, el aprismo y el nasserismo). Bajo esta continuidad histórica podemos señalar que el populismo significa una ideología que asigna un valor a las características y modos de vida reales de las masas de la población, y que expresa sus demandas inmediatas y más bien espontáneas. En esta acepción, distintos movimientos políticos pueden tener diversos grados de populismo en su ideología. Pero también puede emplearse el término “populismo” para designar un tipo especial de coalición.¹⁶

Con el desarrollo económico que, aunque en forma lenta y discontinua, se va dando en América Latina, el poder potencial y real de la clase obrera va aumentando paulatinamente. En los países mayores del área, ese poder es ya suficiente como para impedir que tengan éxito los proyectos económicos típicos de las clases altas, basados en un capitalismo clásico y en la reducción de hecho de la participación popular. Por otra parte, la clase obrera ya ha tenido varias experiencias de ejercicio parcial del poder, a través de coaliciones populistas, cuyo talón de Aquiles es su debilidad organizativa y su vaguedad ideológica. Los sectores capitalistas y militares, por otro lado, a pesar de ser capaces de detentar el poder, tienen grandes dificultades en establecer un orden legitimado, el cual les permita organizar eficientemente la producción y resistir a la satelización completa por parte del capital extranjero. En este tipo de países parece ser que el poder está suficientemente distribuido como para hacer imposible la dictadura eficiente de solo uno de los actores sociales; en este sentido, no hay más alternativas que el empanzanamiento por “jaque perpetuo”, o la coexistencia entre rivales que, sin deponer sus armas, se deciden al diálogo inteligente.¹⁷

Para Germani, el populismo es centrado desde la categorización de los gobiernos latinoamericanos como regímenes nacionales populares, los cuales se ubican en el proceso de modernización y de progresiva democratización de las sociedades latinoamericanas. De acuerdo con Germani, el proceso de modernización se sitúa en siete estadios sucesivos: 1) guerras de liberación y proclamación formal de la independencia; 2) guerras civiles,

¹⁶ Di Tella, Torcuato, “Cinco áreas teóricas para el estudio de América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXX, vol. XXX, núm. 4, octubre-diciembre de 1968, pp. 790-793.

¹⁷ *Idem*.

caudillismo, anarquía; 3) autocracias unificantes; 4) democracias representativas de participación limitada; 5) democracias representativas de participación extensa; 6) democracias representativas de participación total, y 7) revoluciones nacionales populares.

Germani da un interés especial a los fenómenos de movilización social y los desfases ocurridos entre el proceso de urbanización e industrialización; estos últimos fungen como condiciones que dan lugar a movimientos nacionales populares con la ideología de la industrialización (ideologías de clases obreras trabajadoras), que se combinan al mismo tiempo con elementos como el autoritarismo, el nacionalismo y la intervención del Estado en diversos ámbitos. Para Germani, el origen social de los verdaderos fines políticos de las elites limita la acción de estos movimientos, y para que ocurra el éxito es necesario que las masas adquieran poder a través de la movilización y participen efectivamente.¹⁸

Por su parte, Di Tella señala que el populismo es una variedad de movimiento político con fuerte apoyo popular (obrero y/o campesino), que adquiere expresión organizativa de tipo partidario con la participación de sectores de clases no obrera que tienen una importante influencia en el partido, pero no lo conducen, sustentador de una ideología *antistatu quo*. Sus fuentes de fuerza u organización son: 1) una elite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones *antistatu quo*; 2) una masa movilizada que se forma como resultado de la revolución de aspiraciones provocada por los procesos de movilización social y que carece de autonomía dentro del movimiento o partido, y 3) una ideología o un estado emocional difundido que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores, y cree un entusiasmo colectivo. Di Tella da por supuesto el proceso de transformación que abre las posibilidades para el desarrollo del populismo y se preocupa ante todo por indagar qué lleva a los segmentos de clases medias y altas a sumarse a estos movimientos.¹⁹ Uno de los grandes aportes de Di Tella es la construcción de una amplia tipología de movimientos y partidos populistas, los cuales se pueden agrupar distinguiendo combinaciones de sus propios elementos, que pueden ser múltiples; pero a los efectos de una primera clasificación los agrupa como movimientos políticos que resultan de la capacidad organizativa de clases populares en cuatro grandes grupos:²⁰

¹⁸ Vilas, Carlos (comp.), *La democracia fundamental: el populismo en América Latina*, México, CNCA, 1994, pp. 100-105.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 105-107.

²⁰ Di Tella, Torcuato, “Los procesos políticos...”, *op. cit.*, pp. 367-369.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 157

- a) Socialdemócrata, articulado en torno a una clase obrera sindicalizada y una minoría importante de clase media. Esta última provee el complemento indispensable para llegar al 50% del electorado y para moderar las tendencias algo autoritarias que es común encontrar en el sindicalismo, aun en los países más democráticos.
- b) Aprista o populista de clase media, en el que el rol sindical sigue existiendo, pero menos central que en el caso anterior. La clase media asume un papel directivo mayor por la debilidad del otro componente.
- c) Social-revolucionario, basado en elites pequeñas pero estratégicas de clase media, estudiantil e intelectual, con apoyos populares, mas organización jerárquica, capacitada para la lucha armada y para reemplazar a los sectores capitalistas en sus roles directivos.
- d) Populista obrero, en donde el sindicalismo es importante, pero hay una estructura externa a él más fuerte que en la versión socialdemócrata. Esta estructura tiene apoyos en minorías de los estratos altos, empresariales y a veces militares, formando una elite dirigente con liderazgo carismático, la cual integra a los elementos movilizados y no organizados de las clases populares.

Además de estos cuatro grupos existen otros partidos políticos capaces de obtener importantes mayorías, incorporando sectores medios y populares, y de realizar —en caso de llegar al gobierno— programas de reforma social. Éstos son principalmente la democracia cristiana y el radicalismo, los cuales, sin embargo, no tienen el apoyo especial de los sectores populares; pueden, claro está, obtener mayorías electorales, sobre todo en momentos de reflujo político, como en Argentina en 1983, o de alianzas explícitas o implícitas con la derecha, como en Chile en 1964.

En los regímenes populistas, el Estado se presenta de manera directa a todos los ciudadanos. Todas las organizaciones importantes que se desenvuelven como mediación entre el Estado y los individuos son anexos del propio Estado, más que órganos efectivamente autónomos. Los partidarios políticos, que a veces se organizan para adaptar los movimientos populistas a los requisitos de la política electoral, son vistos poco menos que como un cuadro para la administración del poder personal del líder; en condiciones en que el Estado, a través de los líderes populistas, se pone en contacto directo con las masas, tampoco hay lugar destacado para las ideologías.²¹

La extrema desigualdad de ingresos que se ve en América Latina crea una fuerte presión política; en un ambiente de un intenso conflicto social, los

²¹ Vilas, Carlos, *op. cit.*, pp. 107-112.

regímenes populistas intentan mejorar el destino de los grupos de menores ingresos a través del estímulo a la demanda. El resultado es un conjunto de políticas macroeconómicas insostenibles, que incluyen déficit gubernamentales y tipos de cambio sobrevaluados; en este sentido, lo que perpetua el ciclo del populismo es que la política expansionista empieza por producir resultados favorables. Como los dirigentes se sienten inseguros en el cargo, adoptan políticas miopes a corto plazo, las cuales producen ganancias inmediatas a sus votantes. Los populistas económicos se caracterizan por un conjunto de errores en común. Su fe en el exceso de capacidad despierta la esperanza de que son factibles los déficit gubernamentales con más altos salarios reales; a su vez, evitan las devaluaciones por sus consecuencias sobre la distribución. En efecto, al entrar en vigor salarios más altos, la economía responde con un desarrollo más rápido, pero lo hace agotando los inventarios y las reservas extranjeras; los cuellos de botella se hacen obligatorios y comienza la inflación. La incapacidad de invertir los esfuerzos redistributivos conduce a crecientes déficit gubernamentales, problemas en la balanza de pagos y continua escasez. El desplome de la economía deja a los trabajadores peor de lo que estaban al comienzo del periodo populista. Dentro de este enfoque es necesario tener en cuenta la advertencia económica en donde una política económica debe ser proporcional a la capacidad de la economía para generar divisas para la importación y ahorros para financiar las inversiones.²²

VI. REGÍMENES MILITARES

Los partidos políticos en América Latina se han preocupado por elegir un miembro dentro de su estructura que represente los intereses de sus propios militantes y que sea el portavoz de la ideología, de los planes y programas que ejercerán una vez ganados los comicios. Los mecanismos de elección interna de dirigentes y candidatos no han sido del todo satisfactorios, pues se han presentado sorpresas cuando camarillas y grupúsculos se adueñan de los partidos, impulsando plataformas y acciones, incluso, en contra de los propios partidos y sus principios. Estas premisas son demostradas a través de los distintos regímenes militares que ha experimentado la región, los cuales no son producto del impulso de la ideología partidista ni del juego y reglas democráticas. Después de las luchas independentistas, en América Latina se instauraron diversos gobiernos militares que se encargarían de estabilizar e institucionalizar a los recién creados Estados latinoamericanos, mismos que

²² Cardoso, Eliana y Helwege, Ann, *La economía latinoamericana. Diversidad, tendencias y conflictos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 215 y 216.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 159

debían atravesar por una evolución gubernamental que los llevara, posteriormente, hacia la transición de gobiernos civiles; sin embargo, en la región se presentaron sorpresivos espirales, devolviendo a los gobiernos latinoamericanos el rostro de algunos personajes famosos, que nombrados generales representaban las acciones ejecutivas de los ejércitos, imponiéndose así gobiernos de corte militar, los cuales influyeron en la conformación de los incipientes sistemas de partidos de la región y en el curso de la historia latinoamericana.

Anclada en el contexto del trastorno económico y político mundial de la Gran Depresión de 1929, Latinoamérica atravesó por una turbulencia en la política, durante la cual hicieron su aparición irreversible en la escena los ejércitos modernos; es decir, organizados y pertrechados a imitación de los modelos europeos más prestigiosos, y mandados por oficiales de carrera profesionales. Por lo menos entre febrero y diciembre de 1930, los militares estuvieron envueltos en el derrocamiento del gobierno en no menos de seis naciones muy diferentes de América Latina: Argentina, Brasil, República Dominicana, Bolivia, Perú y Guatemala. En aquel mismo año se produjeron también cuatro intentos fallidos de hacerse con el poder por la fuerza en otros países latinoamericanos. Durante los años siguientes, Ecuador y El Salvador (1931), así como Chile (1932), se sumaron a la lista de países donde los militares habían provocado cambios imprevistos en la política y en el Ejecutivo. En el continente soplaban un viento militar, en el que la acción de los partidos políticos se encontraba al margen. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los Estados latinoamericanos eran gobernados por militares, a la vez que varias naciones que en apariencia eran controladas por civiles tenían un general por presidente o eran gobernadas por regímenes que eran fruto de revoluciones, en las cuales los militares habían desempeñado una acción clave. Cárdenas en México, Baldomir en Uruguay, Ubico en Guatemala, Trujillo en República Dominicana, Cárrias en Honduras, Benavides en Perú, López Contreras en Venezuela, Peñaranda en Bolivia y Estigarribia en Paraguay ostentaban la graduación de general; sin embargo, llegaron al poder de forma muy diversa y también eran muy diferentes los regímenes que presidían. Un gobierno militar no puede definirse meramente por la profesión del jefe del Poder Ejecutivo.²³

El efecto de los sucesos internacionales influyó en las naciones latinoamericanas durante la depresión económica y la víspera de la Segunda Guerra, situaciones que por su trascendencia, las instituciones latinoamericanas viraron hacia un proteccionismo económico y de defensa nacional.

²³ Rouquié, Alan, "Los militares en la política latinoamericana desde 1930", en Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1997, t. 12, p. 282.

Finalmente, se destaca que la presencia de los gobiernos militares en Latinoamérica puede distinguirse en varias fases. Por lo que toca a los países del sur y del centro de América, se advierten tres etapas principales, en donde aparecen fluctuaciones que corren de forma paralela con la diplomacia continental en importantes disparidades, cuyas raíces están en las particularidades irreductibles de la historia de cada nación. El primer periodo, que va aproximadamente de 1860 al decenio de 1920, fue la creación de los ejércitos modernos. En el segundo periodo, que empieza alrededor de los años veinte o treinta, inicia la era militar, en la cual las fuerzas armadas profesionales comenzaron a desempeñar un papel en la vida política. Durante el tercer periodo, el cual comenzó en el decenio de 1960, el papel de los militares adquirió un tono internacional, en el marco de la hegemonía de los Estados Unidos y bajo el efecto de la guerra fría. Esta última etapa puede, a su vez, dividirse en secuencias breves y contrastadas, cuyos factores determinantes eran la situación mundial y la política de Washington.²⁴

En la última fase mencionada destaca el interés de Estados Unidos en la región, pues si bien es cierto que después de la Segunda Guerra este país se colocó como la superpotencia mundial, tenía una agenda para Latinoamérica, implementando instrumentos diplomáticos y disposiciones militares controladas por ellos mismos. En 1947 se celebró el Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca, firmado en Río de Janeiro, en el cual se establecieron principios de solidaridad colectiva, con el fin de afrontar cualquier agresión que procediera del exterior del continente. Durante la guerra entre Corea y Estados Unidos se firmaron numerosos tratados bilaterales de ayuda militar entre Estados Unidos y los países latinoamericanos. Hasta antes de 1960 América Latina no representaba ningún peligro.

El conflicto entre Este y Occidente prendió las alarmas en América Latina; así, con la Revolución cubana se dio una ruptura de tranquilidad, además de que Estados Unidos se vio sorprendido con la instauración de un régimen comunista en una región tan cercana. Los ejércitos latinoamericanos tuvieron que seguir las directrices del Pentágono, estableciendo estrategias tácticas para resguardar sus propios intereses, al igual que el de los norteamericanos. América Latina de esta forma arribó a la guerra contrarrevolucionaria, sustituyéndose la seguridad nacional por la defensa nacional; en este sentido, cualquier intento de cambio social, en especial si lo apoyaban los partidos izquierdistas del país, era tachado indiscriminadamente de revolucionario. De este modo, entre 1962 y 1966 los nuevos cruzados de la guerra fría desencadenaron una serie de nueve golpes de Estado en la región. Como medida preventiva, las fuerzas armadas derrocaron a los gobiernos

²⁴ *Ibidem*, p. 284.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 161

que se juzgaban de blandos con el comunismo o tibios con su solidaridad hacia los Estados Unidos.²⁵

En el periodo de distensión (1968-1972), los gobiernos militares latinoamericanos retomaron las acciones del militarismo nacionalista reformista de un periodo anterior, derrocando a las autoridades civiles. En 1968, en Perú el general Juan Velasco tomó el poder, al igual que Omar Torrijos lo hizo en Panamá. En 1973, en Argentina se dio el retorno del peronismo; en el mismo año, la Unidad Popular Chilena sucumbió ante los militares y, asimismo, Uruguay cayó bajo el poder de sus propias legiones.²⁶

Latinoamérica se pintó por el militarismo conservador-contrarrevolucionario, en donde la presencia del sistema de partidos fue relegado por la supremacía de la seguridad y defensa nacional, mermando así años de desarrollo en la dinámica partidista. Durante las décadas de los sesenta a ochenta, América Latina mantuvo las dictaduras de militares, las cuales actuaron de manera coordinada con los Estados Unidos y ejercieron una política represiva, en donde las operaciones binacionales y regionales, como la “Operación Cóndor”, cumplieron la función de concertar el terrorismo de Estado en países como Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Se trató de tres fenómenos que se plasmaron de manera diversa, con diferente mecánica golpista, con disímil tradición histórica, pero que finalmente coagularon en un mismo resultado: la implantación dictatorial de gobiernos militares o cívico-militares.²⁷ Sin duda, este trance histórico en Latinoamérica imprimió las bases para que se implementara en las posteriores décadas un proceso de fortalecimiento democrático y dinámica partidista.

VII. DESARROLLISMO Y DEMOCRATIZACIÓN

La presencia de los gobiernos militares en América Latina no puede entenderse sin un análisis previo de los factores mundiales y la lucha por la supremacía hegemónica norteamericana; de igual forma, la retirada militar tiene que ser analizada desde esta óptica. A partir de la década de los ochenta se empezó a dar la retirada militar generalizada en la región, para que en la

²⁵ *Ibidem*, p. 291. En Argentina, Arturo Frondizi fue derrocado en marzo de 1962; en Perú, en 1962, Manuel Prado y Ugarteche; en Guatemala, en 1963, Miguel Ydígoras Fuentes; en Ecuador, en 1963, Julio Arosemena; en República Dominicana, en 1963, Juan Bosch; en Honduras, en 1963, Ramón Villeda Morales; en Brasil, en 1964, Joao Goulart; en Bolivia, en 1964, Víctor Paz, y en Argentina, en 1966, Arturo Illia.

²⁶ *Idem*.

²⁷ Buriano Castro, Ana (ed.), *Tras la memoria: el asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*, México, Instituto Mora, 2000, pp. 11 y 12.

década de los noventa ya no hubiera ningún gobierno en Latinoamérica de naturaleza militar y sí de expresión civil.²⁸

Tras los distintos cambios gubernamentales en América se comienza a presentar un fenómeno democratizador, en donde los partidos políticos tienen mucho que ver, a la par de conseguir un brusco desarrollismo que lleva a América Latina al marasmo en diversos sectores, como la economía, la política y el desarrollo social; cabe aclarar que en cada país de la región se suscitaron diversos efectos y distintas fueron las experiencias.²⁹ La configuración de una economía mundial trajo repercusiones en América Latina, teniendo que reformularse hacia el modelo democratizador, defensora de los derechos humanos y abierta a los mercados internacionales. Para alcanzar los objetivos democratizadores, América Latina debía contar con la acción de los partidos políticos y una clase política sólida y profesional, la cual ya había tenido una formación en las escuelas norteamericanas y europeas.

Al saltar al escenario y ejercer su oportunidad, los partidos políticos pronto no demoraron en mostrar sus deficiencias y llevar hacia una crisis institucional a los regímenes estatales y su propia estructura partidaria; así, se tiñó una imagen negativa sobre los partidos políticos y sobre los órganos de representación, especialmente sobre los puestos ejecutivos y los parlamentos. Aunado a estas deficiencias se agrega el aumento de la pobre-

²⁸ El gobierno militar fue restaurado en once naciones latinoamericanas entre 1979 y 1990. En 1979, el primer presidente civil en Ecuador, después del gobierno militar, fue Jaime Roldós; en 1980, en Perú, Fernando Belaúnde; en 1982, en Honduras, Roberto Suazo; en 1982, en Bolivia, Hernán Siles; en 1983, en Argentina, Raúl Ricardo Alfonsín; en 1984, en El Salvador, José Napoleón; en 1985, en Uruguay, Julio María Sanguinetti; en 1985, en Brasil, José Sarney; en 1986, en Guatemala, Vinicio Cerezo; en 1989, en Paraguay, Andrés Rodríguez; en 1989, en Panamá, Guillermo Endara Galimany, y en 1990, en Chile, Patricio Aylwin Azócar. Véase Rouquié, Alan, *op. cit.*, p. 319.

²⁹ El proceso democratizador en América Latina consiste en los principios de competencia que, como lo señala Robert Dahl, el gobierno es constituido por líderes que combaten con éxito por el voto de la ciudadanía en elecciones que se celebran con regularidad. La esencia de la competencia es la aceptación de la legitimidad de la oposición política, el derecho a enfrentarse a quienes se encuentran en el poder y sustituirlos en los puestos principales de la autoridad política. La competencia requiere que el Estado proteja la libertad de expresión y de asociación, y que se celebren elecciones regulares, libres y limpias, a través de las cuales la voluntad de la ciudadanía se traduzca en opciones de liderazgo. De importancia especial para la competencia política es que se creen y consoliden sistemas de partidos, en los cuales la interacción de éstos siga una pauta previsible, a la vez que su fuerza electoral permanezca dentro de unos parámetros estables. Los partidos defienden ideologías o programas distintos; patrocinan a los aspirantes a cargos electivos, y sirven de vínculos importantes entre la sociedad y el Estado. Véase Hartlyn, Jonathan y Valenzuela, Arturo, "La democracia en América Latina desde 1930", en Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1997, t. 12, p. 12.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 163

za, la exclusión de la población a participar en la economía de mercado y la construcción de capitales exorbitantes, acrecentándose con ello el abismo de la desigualdad. Pocas y sin éxito han sido las expresiones de inconformidad ante este modelo; en este sentido, algunas minorías se han constituido en resistencias mundiales, pero de igual forma sin grandes logros. El proceso democratizador continúa su curso y el capitalismo pujante con él.

En el juego democratizador se tiende un velo de bienestar y participación, el cual ha permitido que la democracia sea el mecanismo para dirimir las controversias y legitimar intereses válidos. Con la democracia se habilita al individuo en el ejercicio de sus derechos humanos y que sean respetados; a su vez, le permite tener una igualdad política y aspirar a gobernar (aunque absurdamente es difícil alcanzar una igualdad económica en donde de poco sirve poseer una igualdad política). Los resultados de estos beneficios han repercutido en severas críticas hacia los gobiernos y los partidos que los impulsan, pues éstos se han escindido de sus sociedades, de los compromisos de mejoramiento de la calidad de vida y de la batalla olvidada en contra de las desigualdades.

Los gobiernos y las plataformas partidistas han respondido a estas críticas con ajustes institucionales, modificaciones legales y traslado de culpas a factores internacionales; además, para salvaguardar sus posiciones políticas recurren a acciones de corto plazo fijados en los manuales internacionales, adquiriendo deudas y ejerciendo gastos gubernamentales desmedidos, así como implementado amenazas internas, pertrechándose en la instauración de pretorianos cuerpos de seguridad. Partidos y gobiernos, gobiernos y partidos, buscan desesperadamente construir consensos y mayorías para que les sean cedidos poderes extraordinarios y dar frente a todo tipo de amenazas.³⁰

En un contexto en que el papel del Estado se reduce y, consecuentemente, muchos de los lazos que lo ligaban con la sociedad se desmantelan, el rol de los partidos políticos y de sus líderes cambia de orientación; con ello, la maquinaria partidaria se transforma en un conjunto de técnicos que delinear los marcos de la política económica y social, y que sustituyen la vieja capacidad de redistribución por la vía del ejercicio del clientelismo, ya sea el ejercido en el modo tradicional, individual o el tipo institucionalizado que atiende a grupos.³¹ Desafortunadamente, los ciclos y empujes económicos

³⁰ Esto lo ejemplifican los casos de Perú o el intento fracasado que llevó el presidente Jorge Serrano en Guatemala. Véase Perelli, Carina y Zovatto, Daniel, "Introducción: partidos políticos, liderazgos y consolidación democrática en América Latina", *Partidos y clase política en América Latina en los 90*, Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos-CAPEL, 1995, p. XVII.

³¹ *Idem.*

han sido más grandes que los partidos políticos, destacándose un alto desprestigio de los políticos y una apatía generalizada por la política.

La aparición de la sociedad civil organizada, la explosión de organizaciones no gubernamentales y la organización instantánea de la sociedad a través de las avanzadas redes de la información no son casualidad. Nuevos partidos aparecen en la escena como efecto de la improvisación; algunos enarbolan proteger causas actuales, como una economía sostenible de amplia participación social, una protección al medio ambiente, un resguardo a los derechos humanos y la tolerancia religiosa; estos nuevos partidos rechazan las políticas de los partidos tradicionales y dominantes, conformándose absurdamente con legitimar las acciones de los mismos a quienes critican. Para contrarrestar brotes negativos, los partidos políticos han tenido que perfeccionar sus acciones e instrumentos; impulsan modificaciones a la Constitución; a su vez, sobreponen la negociación política, cooptando simpatías e intereses que les reditúan. Los acuerdos se construyen fuera de las arenas políticas, y posteriormente salen a la luz los bochornosos escándalos de corrupción. La política es dependiente de un sistema reproductivo audiovisual que opere en su favor; por su parte, los medios de comunicación y la opinión pública observan a los partidos políticos, sus campañas y sus acciones de gobierno, por lo que se sustituye así el trabajo de base que de antaño realizaban los partidos de masas.

Los partidos políticos en Latinoamérica y su clase política han demostrado tener un déficit de representación; desgastados y cansados sobreviven, intentando transformarse para resolver las demandas que los cambios les exigen; asimismo, continúan buscando tener altos índices de participación, lográndolo medianamente. Los partidos latinoamericanos han desempeñado el rol de agentes de socialización política en las sociedades transicionales y modernas. Los movimientos políticos que se orientan a lograr una transformación estructural requieren fincar una institución que les proporcione organicidad y que transmita a la sociedad los nuevos valores que se desprenden de su ideología.³²

La utilidad de los partidos como canales de socialización política, con miras a legitimar al gobierno, se advierte si se reflexiona en que los sistemas que los han proscrito no se logran estabilizar, pues carecen de apoyo político. Los gobiernos consiguen estabilizarse por corto tiempo, ya que su misma fuente de estabilidad —las fuerzas armadas— revierte sobre ellos, al no disponer del apoyo de masas organizadas.³³

³² Dawson, R. y Prewitt, K., *Political Socialization*, Boston, Little Brown and Co., 1969.

³³ Ruiz Massieu, Francisco, *Normación constitucional de los partidos políticos en América Latina*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1974, p. 16.

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 165

En América Latina existe mucha variedad de partidos y en los sistemas partidarios; en México se presentó la alternancia con el gobierno del partido hegemónico. En efecto, encontramos partidos fuertes y unidos en los países que cuentan con la trayectoria más larga de elecciones y alternancia democrática en el poder (Chile, Uruguay, Colombia, Costa Rica y Venezuela). Sin embargo, los partidos débiles y difusos predominan en los países donde frecuentes golpes militares e intervalos autoritarios han roto la continuidad de los partidos, provocando el fracaso de los intentos de crear coherencia organizativa y potenciar el liderazgo (Perú, Brasil y Argentina).³⁴

En síntesis, para comprender mejor a los partidos políticos en el contexto desarrollista democratizador es necesario analizarlos bajo un enfoque estructural consecuente; en este sentido, es imposible considerar la estructura social —y por ende los cambios y el desarrollo— de cualquier país latinoamericano fuera de la estructura mayor del sistema capitalista mundial. En otras palabras, estas estructuras y sus correspondientes superestructuras (instituciones, ideología, etcétera) no pueden ser analizadas, sino como subestructuras dentro de aquella estructura mayor y como ocupando dentro ésta una posición determinada (dependiente). La función de esas ideologías y el comportamiento ajustado a ellas de las clases dominantes de éstas en el sistema interno y la situación general de dependencia del país dentro del sistema de dominación internacional. En cualquier momento de la historia de estos países, estas ideologías reflejarán esta doble situación: el sistema de dominación interno y la particular posición dentro de él de la clase dominante, y el sistema de interdependencia y dominación internacional.³⁵

VIII. CONCLUSIONES

El estudio de los partidos políticos bajo un análisis histórico permite establecer pautas que ayudan a observar algunas de sus deficiencias y virtudes; además, posibilita comprender su presente y realizar ejercicios de prospectiva en esta materia. La política, la democracia, la economía, los fenómenos en la sociedad y las leyes que la rigen se conjuntan y relacionan de diversas formas a lo largo del tiempo, marcando acontecimientos que son impresos en el discurso de la historia, así como delineando y deformando instituciones y leyes universales que se convierten en los modelos que las sociedades adoptan a su

³⁴ Hartlyn, Jonathan y Valenzuela, Arturo, *op. cit.*, p. 34.

³⁵ Amadeo Vasconi, Tomás, "Cultura, ideología, dependencia y alienación", *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXX, vol. XXX, núm. 4, octubre-diciembre de 1968, p. 827.

tiempo. Los partidos políticos son producto de esos procesos y de las relaciones de estos factores.

Es de resaltar que tanto los fenómenos de la economía como los de la historia universal, unidos bajo un mismo enfoque, permiten apreciar horizontes claros en la conformación de los partidos políticos; así pues, a la caída de la Corona española y su dominio en América, las sociedades tenían que reinventarse y construir instituciones y símbolos que les dieran orden, cohesión e identidad. Por ello, los primeros partidos políticos demostraron ser una herramienta para alcanzar estos objetivos, al mismo tiempo que apoyaban la continuación del proceso de escisión de la propiedad originaria de los primeros pobladores.

Las distintas corrientes y modelos de gobernabilidad trasladadas a la región latinoamericana, además de las emergidas en el propio suelo latinoamericano, han roto con la vieja estructura y cultura política de las sociedades, convergiendo en una variedad de posturas e ideologías que son defendidas tras una plataforma partidaria. Aun así, con la presencia de estos modelos colocados a la luz de la historia nos es fácil observar en el presente una delgada línea que no se difumina sencillamente y que se asoma en las distintas fases y procesos de la historia latinoamericana, en la que se comprueba que desde su fundación los partidos políticos optaron por mantener una organización que permitiera conservar el control de las riendas políticas y sociales, y continuar apoyando el proceso de escisión entre la población y la riqueza que generaban las nuevas naciones, de modo que se diera una equitativa y equilibrada distribución de los bienes mínimos, que facilitarían la subsistencia y el desarrollo de las naciones. En estos contornos aparecen factores que se convierten en reglas a seguir por parte de los partidos políticos, como son el mantener una concentración del poder y representación, y generar un alto grado de participación de la sociedad bajo los modos y reglas asociacionistas.

En Latinoamérica, los procesos políticos han llegado a alcanzar tal nivel de complejidad que no sólo han quedado limitados a las dinámicas de los actores sociales, sino que también se han visto complementados por los fenómenos económicos que han ocurrido, especialmente, en la región, siendo la demanda productiva de bienes primarios latinoamericanos la expresión material de estos presupuestos históricos, caracterizados por una incipiente industrialización y una forzosa y penosa dependencia hacia los países desarrollados, trayendo severas consecuencias que hasta la fecha reflejan el marasmo latinoamericano.

Las distintas fases históricas nos han mostrado cómo los partidos políticos se han organizado y expresado en distintas corrientes, y cómo pueden

VIII. ENFOQUES HISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS... 167

ser catalogados, ya sea bajo el signo del comunismo, el socialismo, el anarquismo, el populismo, el nacionalismo revolucionario, el aprismo, el desarrollismo o la socialdemocracia. Cualesquiera que sean las banderas que enarbolean, éstas han determinado la conformación de los sistemas políticos y de partidos latinoamericanos, los cuales dependen en la actualidad del carisma y atracción que un líder sepa captar a favor de él y los intereses partidarios.

Las formas tradicionales de hacer política se han visto desplazadas por el espectáculo de la política llevada a los medios de comunicación, en donde todos los procesos históricos por los que han atravesado los partidos políticos en América Latina se han decantado en la importancia de que los políticos cuenten en la actualidad con competitivos equipos de *marketing*, expertos en opinión pública y operadores que envíen a los ciudadanos la información segmentada y particularizada, obtenida previamente bajo estudios; así, el político depende cada vez menos de la estructura partidaria y de su base, desplazándolas a la obsolescencia.

IX. BIBLIOGRAFÍA

- AMADEO VASCONI, Tomás, “Cultura, ideología, dependencia y alienación”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXX, vol. XXX, núm. 4, octubre-diciembre de 1968.
- ANSALDI, Waldo, “La democracia en América Latina, un barco a la deriva, tocado en la línea de flotación y con piratas a estribor. Una explicación de larga duración”, en ANSALDI, Waldo, *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel, *El origen de los partidos políticos en América Latina*, Barcelona, Universidad de Salamanca, 2001.
- , *Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros*, Barcelona, Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona, 2004.
- BURIANO CASTRO, Ana (ed.), *Tras la memoria: el asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*, México, Instituto Mora, 2000.
- CARDOSO, Eliana y HELWEGE, Ann, *La economía latinoamericana. Diversidad, tendencias y conflictos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- DAWSON, R. y PREWITT, K., *Political Socialization*, Boston, Little Brown and Co., 1969.
- DI TELLA, Torcuato, “Cinco áreas teóricas para el estudio de América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXX, vol. XXX, núm. 4, octubre-diciembre de 1968.

- , *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , “Los procesos políticos en América Latina”, *Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile*, año XVIII, núm. 71, julio-septiembre de 1985.
- HARTLYN, Jonathan y VALENZUELA, Arturo, “La democracia en América Latina desde 1930”, en BETHELL, Leslie, *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1997, t. 12.
- MONTAÑO, Jorge, *Partidos y política en América Latina*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1975.
- PERELLI, Carina y ZOVATTO, Daniel, “Introducción: partidos políticos, liderazgos y consolidación democrática en América Latina”, *Partidos y clase política en América Latina en los 90*, Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos-CAPEL, 1995.
- ROUQUIÉ, Alan, “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, en BETHELL, Leslie, *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1997, t. 12.
- RUIZ MASSIEU, Francisco, *Normación constitucional de los partidos políticos en América Latina*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1974.
- VILAS, Carlos (comp.), *La democracia fundamental: el populismo en América Latina*, México, CNCA, 1994.
- VITALE, Luis, *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Santiago, Instituto de Investigaciones de Movimientos Sociales “Pedro Vuskovic”, 1998.